

padecerá V. de mí, ni volveré á verla, como en otro tiempo, ni platicaremos á la suave luz de las estrellas?

— Tal vez — repliqué, movida por inefable anhelo de sentir algo por mí ignorado.

— ¿Cuándo? ¿cuándo?

Iba á responder yo á esta pregunta; pero me atajó un incidente imprevisto.

XXII

La señorita de Launay me dió un golpecito en el hombro y me dijo al oído:

— Señora marquesa, está V. hablando de amor sin parar mientes en los que la rodean.

Estas palabras me hicieron estremecer y me volvieron á la realidad, pues había seguido á Larnage, no sé adónde, en sus alas de poeta.

La señorita de Launay, al ver que yo me había puesto encendida y que tartamudeaba una excusa, añadió:

— Nada tema V.; no es V. la única que habla de amor, lo mismo hacemos nosotros.

Al proferir estas palabras, mi interlocutora me mostró con la mano un hombre á quien miré dos veces antes de comprender: era el buen padre Chaulieu, á la sazón octogenario.

— ¿V. cree que me chanceo? — prosiguió la señorita de Launay al notar mi sorpresa. — Pregúnteselo V. á él.

— ¡Ay! — exclamó el padre, — demasiado cierto es. La señorita desdeña mi postrer amor y mis últimos versos.

— ¡Versos de V., señor cura! ¿y ella los desdeña, la ingrata?

— Sí, señora — contestó el padre Chaulieu.

Todavía conservo aquellos versos escritos de puño y letra del padre Chaulieu; fueron los últimos que compuso. Con ser octogenario, tenía fresca la imaginación el buen padre.

Al oír aquel madrigal, halagóme la convicción y la sencillez con que lo recitó su autor. La señorita de Launay se reía, sin gazmoñería y sin burlarse, con la bondad y el recato que le eran peculiares.

— No puede V. figurarse cuánto la amo, señora — añadió el anciano; — querría probárselo con algo más que con palabras; pero ella lo desecha todo. Tengo mil pistolas á su disposición, y no consigo que las acepte:

— A lo menos le he dado á V. tres calabazas, padre — dijo la señorita de Launay; — y agradeciéndole sus generosas proposiciones, le aconsejo que no las haga parecidas á muchas mujeres, pues se expondría V. á dar con una que le cogiese la palabra.

— Ya sé yo á quién me dirijo — replicó ingenuamente el padre.

La de Launay y yo nos echamos á reír, y el clérigo, que no concebía el por qué de nuestra risa, prosiguió su antifona, diciendo:

— Es como su atavío; mire V. cómo va vestida. Sí, sermonéala V., en este punto nada puedo conseguir. Me desespera, viste con una sencillez sin ejemplo.

— Padre — objetó la señorita de Launay, — no necesito más.

Esta contestación no tenía réplica. Era no hacer caso de sus hechizos; pero la señorita de Launay era así en esto y en muchas otras cosas, lo cual contribuía á fomentar el amor del octogenario, que se deshizo para serle grato, como se deshizo hasta el fin

de su existencia, probándosele con mil cuidados y atenciones indecibles. Su carroza y sus criados, más pertenecían á la señorita de Launay que á él, que todas las mañanas enviaba á tomar sus órdenes. Más, aquella despedía á los criados de Chaulieu cuando no eran de su agrado, ó le obligaba á conservarlos contra su voluntad; y es que para el padre era una delicia cuanto procedía de ella. Era la del clérigo una de esas pasiones de anciano que toman el carácter de la monomanía, pasión que encajaba en los gustos de la hermosa, la cual decía:

— ¡Si Vds. supiesen cuánto halaga verse amada con perseverancia por aquellos que no nos inspiran ningún amor y á quienes no engañamos! Nada más satisfactorio que ser amada de alguien que ya no fía en sí ni pretende de nosotras cosa alguna.

Esto lo supe yo después por experiencia, y la verdad es que la de Launay tenía razón.

Aquella noche, Larnage y yo habríamos preferido que el padre Chaulieu y la señorita de Launay se hubieran ocupado exclusivamente en su amor y nos hubiesen dejado en paz á nosotros.

Al ir á contestar á mi amado sobre un punto interesantísimo, interrumpiéronme el clérigo y su amada. Larnage ardía en deseos de anudar la conversación, y nuestros vecinos no lo consentían. La señorita de Launay tenía sus razones para ello; todavía no era yo amiga suya, y la astuta hacía de mí un instrumento.

— Va V. á pasar dos ó tres días en Sceaux ¿no es verdad? — me preguntó la de Launay. — De un momento á otro se espera la llegada de ciertos personajes con los cuales nos proponemos divertirnos. No diga V. que no; tengo orden de la duquesa de no dejarla á V. partir.

Eso quería yo, quedarme; pero antes de aceptar

me hice de rogar un poco para salvar las apariencias. Larnage me dió las gracias con una mirada que me alborotó el corazón. Pero aun faltaba algo, y la señorita de Launay, decidida á representar hasta el fin su papel, me dijo:

— La señora duquesa del Maine se ocupa actualmente en la memoria que hace redactar acerca del pleito entre los príncipes legitimados y los de la sangre; y como V. tiene talento, la princesa tendrá una verdadera satisfacción en consultarla.

— ¿A mí? — exclamé en el colmo de la sorpresa. — Ni siquiera me era conocida la existencia de tal pleito. ¿Cómo podría hablar de él á los que están al cabo?

— No es precisamente el pleito, para eso hay que recurrir á los hombres entendidos; ya se los mostraremos á V. mañana, y nos dará V. su parecer acerca de ellos. Mañana llega uno, ó más bien dicho hoy; es un verdadero erudito.

— Atienda V. que no soy entendida, señorita — dije; — por lo tanto, dispéñeme que...

— Eso la divertirá á V.

Con parecerme extraordinario todo, no insistí.

No era lo menos singular el que, conociendo como conocían mis relaciones con el Palacio Real, me buscasen, cuanto más que bastaba esto para determinar la exclusión. Yo, que no era ducha en achaque de enigmas, no pedí más explicaciones, á fin de que me dejaran libre; y, efectivamente, la señorita de Launay se llevó consigo á su viejo Titón, dejándonos solos á Larnage y á mí, que sentí correr por mi cuerpo un calofrío, y eso que ambos guardábamos el más profundo silencio.

Por fin, Larnage articuló, en voz apenas perceptible:

— Señora, ¿cuándo iremos, como en Dampierre,

á contemplar nuestras queridas estrellas, que tan suavemente nos alumbran? Por favor, señora, no me haga V. morir esperando.

Aquella noche, el cielo estaba estrellado, y las lamparillas de la fiesta iban apagándose; cabalmente los concurrentes, tal cual cansados de la fiesta y del paseo, regresaban por grupos, después de haberse desparramado por aquellas hermosas umbrías. Sin contestar, dirigí una mirada hacia el parque, y Larnage, comprendiéndome, me tendió la mano. Entonces me levanté como un autómatas, y lo seguí. De esta suerte y sin proferir palabra llegamos al seto. No sé cómo, pero es lo cierto que continuábamos asidos de las manos, que en vez de mirar las estrellas nos mirábamos uno á otro, y que Larnage no tardó en cogerme por la cintura y atraerme á sí, sin que yo me opusiese. He visto, pasado y sentido mucho en mi vida; pero sé decir que aquel casto abrazo, aquel puro apretón no tienen par en mis recuerdos. Fué un instante de verdadera bienaventuranza, un delirio de corazón del que los filósofos se burlarían y que supera á todos los demás delirios. Para gozar de otro igual, consentiría en empezar nuevamente mi vida, con haberme ésta dado muchos pesares.

Fuimos los últimos en recogerlos; nadie pensaba ni se ocupaba en nosotros en aquel reducido círculo donde á hurtadillas se concentraban las pasiones: la señora del Maine estaba entregada por completo á su ambición y á sus proyectos, su marido dado á sus inútiles añoranzas y á sus impotentes deseos, y los demás no sé á qué, quizás al amor. Gozábamos pues, Larnage y yo, de amplia libertad, éramos dichosos; pero aquella dicha no menoscabó ni en un ápice mi fama, y cuando, á la hora del almuerzo, ví otra vez á Larnage, si me ruboricé al mirarlo, fué de felicidad y no de vergüenza.

En aquel venturoso tiempo de la Regencia, podían contarse por los dedos las mujeres de mi edad, que conocían aún tales rubores.

XXIII

¿He sido prolija al hablar de la duquesa del Maine? En verdad no lo sé, no lo recuerdo. Lo he preguntado á mi traviesa amanuense, y me ha contestado que todavía me queda mucho que decir de la princesa; pero es tan picarilla mi amanuense, que tal vez se propone hacerme chochear para que se vea claramente que tengo ochenta años (1).

Por más que hayan dicho, la señora duquesa del Maine no era amiga de cortejos, en el sentido riguroso de la palabra. Tuvo, sí, amantes, dos, ó tal vez tres; pero ¿qué significa eso comparado con las otras princesas, sobre todo con las que la sucedieron, y en particular sus tres sobrinas Condé: las señoritas de Sens, de Charolais y de Clermont? No hablaré de sus proezas, ni siquiera de las que las acusan con pruebas; no me placen las habladurías, y me estaría mal vituperar de ellas.

El hombre á quien más amó la duquesa del Maine, fué indudablemente el cardenal Polignac, que disfrutó de los postreros años y de los últimos afectos de aquella, que son los profundos de la mujer, pues

(1) No quiero que mi señora chochee, pero si que se explique respecto de la duquesa del Maine, tan diversamente juzgada: no me tendré yo la culpa si mi señora se calla algo en sus *Memorias*. Nada teman Vds., no le perdonaré ni una reticencia, y velo sobre sus recuerdos. (*N. de la Secretaria.*)

se acrecientan con todas nuestras añoranzas; cada día que pasa arrebatándonos una ilusión, los ahonda más. Adoramos lo que vamos á perder, se nos antojan más olorosas y brillantes las últimas flores, y con melancolía vemos caer una tras otra las hojas. Todo eso lo he pasado yo, sin saber por qué, pues de largo tiempo había reconocido la vanidad de los afectos humanos. Pero ¡qué le vamos á hacer! no podemos vivir sin un afecto.

Hase imputado á la duquesa del Maine un amor incestuoso por el duque de Borbón, su hermano. ¡Qué poco los que tal dicen, conocen á una y á otro! La señora del Maine nunca ha podido ver ni en pintura á un hombre sin talento, y ha despreciado siempre la materia, y ha llevado la delicadeza hasta el colmo. En cuanto al duque de Borbón... que hable su mujer, que no podía soportarlo, y con razón. Entrambos esposos pasaron su vida disputando y acusándose, no diré que injustamente; pero la duquesa tenía todo el ingenio de los Mortemart, y el duque sólo brillaba por lo disoluto. En una de sus contiendas, dijo la duquesa á su marido:

— Levanta cuanto quieras la voz; sin ti puedo dar vida á príncipes de la sangre, y te reto á que hagas tú lo mismo sin mí.

La princesa no se limitó á decirlo, lo demostró. Volvamos á la duquesa del Maine.

El día que siguió á aquella memorable noche, la duquesa se levantó muy tarde, y nosotras también. La señorita de Launay vino, con propósito deliberado, á buscarme en mi cuarto para acompañarme al tocador de la princesa; la cual me recibió con la más benévola sonrisa, hizo que me trajesen un asiento y me preguntó si me hallaba gustosa en Sceaux y si quería concurrir á él con frecuencia.

— Pláceme grandemente — contesté con fuego

— y volvería á él cada vez que me hiciesen la honra de recibirme.

— ¿Conoce V. á Larnage? — agregé de sopetón la del Maine, mientras se ponía una manteleta.

Al oír tales palabras, me sobresalté, y, aturdida, me levanté para hacer una reverencia.

La duquesa se echó á reír, y reiteró la pregunta.

— Sí, señora — respondí; — lo vi en casa de la duquesa de Luynes.

— ¿Conoce V. á la madre de Larnage?

— Sí, señora.

— ¿Y dicen quién es su padre?

— Lo ignoro, señora.

— ¡Ah! ¿lo ignora V.? Sin embargo, le atribuyen uno á quien conozco mucho, y el cual lo niega, como si esto hubiese de mortificarme. No soy yo para darme mal rato por tan poco.

La señorita de Launay me libró de esta conversación anunciando que preguntaban por ella y que indudablemente el preguntante era el sabio á quien esperaban.

— No se vaya V., me dijo Su Alteza; que entre y le verá. Quédese V., y quizá se distraiga. A las veces esos sabios son divertidos. Se trata sencillamente de nuestra memoria contra mi sobrino, y es fama que el recién llegado es hombre entendidísimo sobre el particular. Launay, no me nombre V.

Introdujeron al sabio, que era un solemne bruto henchido de latín y vano como él solo. Ostentaba, el tal, gruesas medias, zapatos sin ribetear, casaca remendada, cabellos pringosos, sombrero de marmítón, y todo no miserable, sino asqueroso, expuesto con insolencia, como Diógenes en su tonel, haciendo alarde del descontento que á la sazón empezaba á iniciarse, descontento que aumentaba con rapidez aterradora y que sólo Dios sabe adónde llevará á

esta nación. Lo que me consuela es que entonces habré dejado de existir.

Miró el sabio los dorados artesones, el aparato del tocador y á cuantos servidores allí había, y llegando á la señora del Maine, la saludó á su manera, como si estuviese más al corriente de los usos judaicos que de los nuestros.

— Señorita — dijo el sabio á la duquesa, — no podía V. dirigirse á nadie mejor que á mí para resolver el asunto que entre manos trae, y la señora del Maine ha demostrado ser tan sagaz como siempre al elegirme á mí.

— Es V. sumamente bondadoso, caballero.

El sabio tomaba ó fingía tomar á la duquesa por la señorita de Launay, y, como era más cómodo no disuadirlo, no lo disuadieron.

— ¿Qué opina V. del señor duque y de las razones que alega? — preguntó la duquesa á su interlocutor.

— Señorita — contestó éste, — Semíramis ya previó el caso, y sus leyes son terminantes. Jamás por jamás se vieron en la corte tales cosas.

— Pero, caballero, en la familia de Semíramis no había príncipes ilegítimos.

— Es este un error grave, señorita, un error gravísimo: Semíramis tuvo algunos hijos bastardos.

Al oír tales palabras, todas hicimos un ademán de sorpresa; pero la señora del Maine permaneció impávida.

— Sí, señorita, Semíramis tuvo varios hijos, y Nino también. El adulterio estaba muy en uso en Babilonia. ¡Y Nemrod! ¡ahí es nada! Los príncipes de su estirpe se rebelaron también á causa de las larguezas de que aquél colmó á sus bastardos, y trataron de despojarlos. ¿Sabe V. lo que hizo Nemrod, señotita?

— No.

— Los hizo desorejar, y mandó, además, desuarigar á los más levantiscos, y esto puedo afirmarlo, ¿oye V., señorita? Si el señor regente fuese justo, haría lo mismo, y pronto estaría todo terminado.

Nosotras no pudimos represar la risa, porque, en verdad, la idea de ver desnarigado al príncipe tenía mucha gracia. La señora del Maine conservó su seriedad, y contestó con gesto digno:

— El recurso sería tanto más expedito, cuanto después de haber quitado al duque la nariz, no sé que le quedaría en el rostro.

— Señorita, en tiempo de los caldeos no se hubiera consentido tal abuso.

— ¡Cómo! ¿la nariz del duque?

— No, señorita, sus reclamaciones contra la voluntad expresa del difunto rey, voluntad implacable contra los revoltosos. He leído de Esmerdis, no el mago, sino otro, que en la cárcel se quedó tuerto de puro llorar...

— ¿De un ojo?

— Se impuso la obligación, y la cumplió, de ir diariamente, descalzo, á la tumba de su tío, á la voluntad del cual había desobedecido.

— No deja de ser esto un procedimiento. Podrían enviar al duque de Orleans y á los demás príncipes á Sen Dionisio, todas las mañanas, descalzos; me gustaría ver pasar esa procesión. Sin embargo, tén-gase presente que la familia de Luis XIV no puede regirse por las mismas leyes de los hijos de Nemrod, y que necesitaríamos ejemplos más recientes.

— ¡Ah! señorita, ¿qué son los modernos comparados con la sublime antigüedad? ¿Qué modelos pueden imitarse y buscarse en aquel pasado maravilloso del que hoy no somos más que un pálido remedo!

Y el sabio, levantándose, empezó un discurso alusivo á los antiguos, atiborrado de latín y de grie-

go, y al que puso inmediato fin Su Alteza, preguntando al orador si deseaba ingresar en la Sorbona.

— De buena gana me interesaría porque entrase usted en ella — continuó la señora del Maine, — siquiera por el placer que hoy nos proporciona V. La hora de mi servicio me llama; Dios le guarde.

Bourdín el mayor, que así se llamaba aquel hombre, se indignó de que tuviesen otra cosa que hacer que escucharlo, y exclamó:

— Me voy, señorita; pero si vuelve V. á enviar por mí, no cuente V. conmigo.

Y sin más, salió de la estancia.

Bourdín era la verdadera pintura de los sabios del siglo XVIII; Moliere no lo hubiera desechado, y habría hecho una obra maestra.

XXIV

Aquella sesión me engolosinó; creí de buena fe en lo que á mis ojos ofrecían, y al proponerme la señorita de Launay ver á cierta condesa, una señora llamada Dupuis, y á un cura llamado Lecamús, que tenían que hacer brujerías y confidencias maravillosas, me alegré en el alma y acepté inmediatamente. Todo fué regocijo en Sceaux, donde se servían de mí como de una pantalla. Tratada bondadosamente por el duque de Orleáns, no era yo sospechosa, y si fuese necesario me sería fácil demostrar que nada habían hecho vituperable, pues me habían admitido é insistido en que me quedase. Estaba esto muy bien imaginado, y, á mi edad, por mucha que fuese mi experiencia, tenía que caer en el garlito, como caí de lleno.

— Entonces cenará V. con la señorita de Launay — me dijo la condesa del Maine; — á ella es á quien tratan esos ilustres personajes. En cuanto á mí, á los postres me presentaré, pero disrazada, y si me conocen, los haré despedir encontinentes. El duque del Maine no vería con gusto esos experimentos; eso es bueno para el duque de Orleáns, que cree en el diablo para creer en algo. En cuanto á V., que está á sus anchas, se divertirá grandemente.

Pasé toda la mañana escuchando á la princesa, que era por demás aguda y divertida, y entre otras cosas me habló de su orden de *la Mosca*, diciéndome sentir vivamente no poder celebrar las curiosas ceremonias de otro tiempo para recibirme en la orden aquella.

— Pero ¡bah! — continuó la princesa, — nuestros cuidados pasarán, y las anudaremos. No desmayo de que vea V. á Sceaux en su primitivo esplendor; es fácil que pronto... Si gano mi pleito — agregé con viveza mi interlocutora, — estaremos más ricos que nunca; el señor del Maine dejará de temer por sus hijos, por la fortuna y lo porvenir de éstos, y entonces nos divertiremos con toda tranquilidad.

La señorita de Launay, con ser camarista titular de Su Alteza, era en realidad otra cosa. No desempeñaba más oficio de domesticidad que el de hallarse siempre presente; empleábanla más como secretaria ó confidente; ni una vez calzó á la princesa, ni le puso un alfiler en las ropas, y, como decía la señora del Maine:

— Tienen á la señorita de Launay por camarista mía, y sin embargo, mi inteligencia es la humildísima servidora de la suya.

Esto no era cierto, pues la señora del Maine sobresalía en todo.

Llegada la hora, y hecho nuestro tocado, advir-

tiéronme que iríamos á cenar á casa de cierto hidalgo de Sceaux, seudo sabio, y pertrechado de argumentos irrefragables para vencer á los enemigos del señor del Maine.

— En esta comedia — me dijo la duquesa — figura una condesa muy renombrada, de quien he hablado á V., la cual ha tenido que bregar lo que no es decible para persuadir al hidalgo que era menester darme de cenar si quería que yo lo escuchase; el hidalgo ese, rico y avaro, vive en la ciudad de Sceaux, y va á aburrirme mortalmente con sus libros; sin embargo, espero sustraerme á Esmerdis el mago y á Semíramis. Culpeme V. si le place; pero he querido tener una compañera de suplicio. Lo que nos aburre cuando estamos solas, nos distrae en compañía, y más si podemos conversar, ¿no le parece á V.?

De acuerdo con la duquesa, la seguí, dispuesta á divertirme; pero poco sospechaba yo lo que iba á ver.

Condujéronnos en una carroza parda á casa del hidalgo, que se llamaba Després y vivía á buena distancia del palacio. A nuestro aspecto, todo se puso en movimiento en aquella reducida morada, y las criadas, al hacernos reverencias, levantaban sus delantales de cocina, limpiísimos, cual muebles que no sirven con frecuencia.

— O el dueño de esta casa es muy pródigo, ó muy avaro, dije al oído de mi compañera: ¡qué cocineras más bien tratadas! digo, si es que no comen cordilla.

— Sepa V. que la cordilla es un manjar de vigilia — me replicó la duquesa; — al recogernos cenaremos en palacio.

Després salió á recibirnos, en compañía de sus convidados; nosotras éramos los personajes importantes, y saludáronnos hasta el suelo.

La condesa estaba fuera de sí al ver que por fin

iba á cenar, y con la amabilidad del que está satisfecho, nos preparó asientos en el mejor sitio, y nos dió á conocer los nombres de las personas presentes; en suma, cada uno de sus ademanes nos decía:

— ¡Cuán agradecida les estoy! esta noche tendré otra cosa que mendrugos.

¡Pobre mujer! ¡Qué decepciones la esperaban! ¿Acaso los estómagos viejos son como los corazones juveniles? ¿por ventura se dejan engañar por las ilusiones? ¿basta quizás el vaho para contentarlos?

Había allí gente del otro mundo, y el padre Lecanús y la señora Dupuis, la pitonisa anunciada, no eran los tipos menos curiosos. Los circunstantes formaron rueda, y con no hacer frío, en la chimenea humeaban algunos tizones, y esto por economía, según supimos después. La espaciosa pieza en que nos hallábamos, situada en los bajos, con ventanas, nunca estaba abierta; por consiguiente, reinaba en ella la humedad más espantosa. Así pues, sin aquel simulacro de lumbre hubiera sido imposible permanecer en aquel sitio; además, no tardamos en ver que el fuego servía para otra cosa.

Para honrarnos, á la señorita de Launay y á mí nos pusieron una á cada lado de la chimenea; nos separaron, pues, con gran pesadumbre nuestra. No nos era posible hablarnos sino con los ojos, y aun con sumo cuidado, pues nos miraban.

Las mujeres hacían arrumacos, los hombres se sonreían con complacencia, la señorita de Launay y yo parecíamos dos pagodas, y todos guardábamos silencio.

A mí me retozaba la risa en el cuerpo.

— Caballero — dijo por fin la señorita de Launay, — ¿qué aguarda la señora Dupuis para mostrarnos sus prodigios?

— Hasta los postres, señorita — contestó el señor Després, — y los tomaremos en sitio á propósito.

— ¡Ah!—dije,—¿alguna linda glorieta ó algún hojoso gabinete del jardín?

— No, señora: un sitio apartado de las miradas profanas, y donde esos prodigios se realizan sin peligro.

La señorita de Launay, al oír estas palabras, se levantó prestamente y exclamó:

— ¡Cómo! caballero, ¿tales prodigios no los veremos en casa de V.?

— Sí, señorita, en mi casa; pero no en este aposento.

— Aguardo á una de mis amigas, muy entendida, que vendrá á las diez para asistir á los prodigios; ¿quiere V. decir que dará con nosotros?

— Sí, señora, pues la aguardaremos; hasta las once el dios no se enseñorea de la pitonisa, que continuará muda como V. la ve mientras no suene la hora.

— ¡Qué! ¿no cenará la señora Dupuis?

— ¡Ay! — dijo Després lanzando un suspiro, — sí cenará, por desgracia, señorita. Su inspiración no le paraliza las mandíbulas, sino únicamente la lengua.

Efectivamente, la Dupuis estaba allí como una idiota, inmóvil y sin chistar.

Tras estas explicaciones, todas aquellas momias se callaron, y la conversación quedó en suspenso.

La señorita de Launay, que era sumamente miope, para hacer algo tomó las tenacillas á fin de atizar la lumbre, que se moría de inanición, y cogiendo un objeto negro que ella tomó por un tizón fuera de su sitio, lo metió á golpes tras un leño medio encendido.

En el corro se levantó un clamor unánime. En cuanto á mí, no pudiendo dar suelta á la risa, parecía que iba á asfixiarme.

— ¡Medrados estamos! — exclamó la condesa con

voz de agonía, — ¡la chocolatera! Ea, de esta hecha no cenamos.

Un chisporroteo y el volar de la ceniza, anunciáronnos que todo estaba consumado. El chocolate desparramado había extinguido la lumbre, y, de un golpe, la señorita de Launay destruía todas nuestras esperanzas.

— Caballero — dijo mi amiga á Després, con la mayor imperturbabilidad, — ¿quién podía imaginar que habian de servirnos chocolate tras la cena?

— ¿No se estila así en la corte, señorita? Tenía para mí que los grandes personajes no comían nada por la noche, y les he servido á Vds. en consecuencia.

— Como yo no soy gran personaje, ceno — replicó mi compañera.

— Y yo, que lo soy — prosiguió la condesa, — comería á dos carrillos.

Sea lo que fuere, la cena estaba en las cenizas, la lumbre se había apagado, la profetisa guardaba silencio, y los demás sabios tendían como afligidos las manos.

¿Qué iba á resultar de lo expuesto, y á qué habíamos ido á tal presidio?

Así se conspiraba en aquel tiempo.

XXV

La conversación iba decayendo más y más, como nosotros, después del desastre de la chocolatera; y la broma empezaba á parecerme pesada, pues no era permitido tomarla á risa, cuando anunciaron la cena, y en revuelta confusión nos trasladamos á una

pieza todavía más húmeda, á causa de que no encendían lumbre en ella. La cena, desplegada sobre la mesa, se componía de un trozo de carne á las parrillas, una tortilla y una ensalada de escarola. Para cuatro personas había suficiente; pero ¡éramos quin-ce! La salsa consistía en un vinillo de taberna, amarillo, y al que una gota de agua quitaba todo el gusto.

Yo me reía de buena gana; no había miedo de que á la pitonisa se le subiese á la cabeza aquel *licor divino*. En cuanto á nósotras, parecía que para nada habíamos ido allí. La cena no fué larga, y al levantarnos saciados de los ojos, nos dispusimos á disfrutar de la fiesta capital de la velada.

La señora del Maine, vestida á lo burgués y acompañada del cardenal y de un escribano, nos esperaba en la pieza contigua; tocada con una gran cofia, la duquesa no parecía ella. La señorita de Launay, á causa de su miopía, sólo la conoció en la voz. La duquesa me hizo una seña amistosa, y las cuatro nos reunimos y seguimos á nuestro anfitrión, detrás del padre Lecamús, de la condesa y de un clérigo llamado Verac, tráfuga del otro campo y de quien siempre he sospechado que era un espía interesado. En el orden que va expuesto, avanzamos por un camino sembrado de obstáculos.

Primeramente cruzamos un juego de pelota medio derruido y cuyo techo amagaba derrumbarse sobre nuestras cabezas; luego cruzamos negros y tortuosos corredores, locales con trampas, pisos transparentes que daban vértigos, al través de los cuales se percibían luces; yo me estrechaba contra mi compañera, que á causa de ver menos que yo, no sabía adónde nos conducían, y tenía por su señora.

— ¡Qué imprudencia haber venido! — me decía en voz baja la de Launay; — si la conociesen, Dios sabe lo que de esto se seguiría.

— Pero ¿por qué, señorita? — objeté. — ¿Qué mal hace *ella*? ninguno; defiende la fortuna de sus hijos, y no pueden vituperarla por más que el recurso de que se vale sea extraordinario.

La señorita de Launay movió á una y otra parte la cabeza, pues sabía que, al contrario, había mucho que vituperar en lo que pasaba.

Parecía que íbamos al aquelarre, ó á un derrumbadero, ó qué sé yo adónde. Era una aventura terrible, como decía don Quijote.

Por fin, llegamos á un como desván, en el cual nos estaban esperando algunos personajes dignos del sitio aquel. Más adelante vi algo parecido entre los convulsos, como lo diré en su lugar; por ahora me limito á consignar que, faltándome mucho para ser aguerrida, miraba con verdadero terror á todas partes.

— Pero, señorita, ¿dónde estamos? ¿Acaso va á degollarnos esta gente? ¿qué vamos á ver?

— Estamos en la mansión de una bruja. Cuantos ve V. aquí han conocido al duque y sus enredos; saben muchas cosas que interesan á Su Alteza, y la señora Dupuis, con mucha frecuencia inspirada, nos hará evidentes sus secretos.

— ¡Cómo! ¿todos esos tipos importan á Su Alteza y pueden servirle?

— Esos no; esos son espectadores, consultantes como nosotros; son los amigos de la bruja. Madama es como un enfermo que, no contenta con los médicos, se vale también de los empíricos.

Yo lo creía todo. ¡Estaba tan distante de la verdad!

Hiciéronnos alinear junto á las paredes, encendieron dos humosas lámparas que únicamente daban la luz necesaria para hacer más espantosas las tinieblas, y en medio de sepulcral silencio se presentó la Dupuis en el centro del ruedo, sentóse en un taburete,

hizo mil variadas contorsiones, abrió la boca, y no dijo palabra.

—Ea— profirió mi compañera, — la Dupuis no ha empujado el codo, y no hablará; no valía la pena venir para eso.

La pitonisa empezó á mover los ojos, á exhalar voces inarticuladas, á lamentarse, y, por fin, inclinó la cabeza y se durmió, aparentemente á lo menos. La señorita de Launay no me dejaba en sosiego y me distraía. Interin, perdí de vista á la señora del Maine, la cual aprovechaba el tiempo, según supe después, conspirando alegremente con aquellos fingidos pelagatos, todos ellos ó enviados de España, ó servidores de su casa, y preparándose para dar un golpe, ó presentes allí para comunicar nuevas á la duquesa. Yo estaba como alelada; y bueno será ahora decir que contaba la señora del Maine hacerme declarar, en caso de apuro, lo por mí presenciado, con el fin de pulverizar las acusaciones con un testimonio tan sincero y desinteresado como el mío.

Prontamente la pitonisa se levantó, como impulsada por un muelle, y exclamó:

— ¡Veo! ¡veo!

— En hora buena, profirió mi vecina.

Todos levantamos los ojos en busca de lo que veía la pitonisa; pero sólo descubrimos un techo grande y cubierto de telarañas.

— Veo una descendencia de príncipes y de reyes, — prosiguió la Dupuis; — veo manuscritos rehabilitados, veo á un gran legislador, y al hijo de un monarca poderoso, magnánimo como su padre.

— Es el duque del Maine — me dijo al oído la señorita de Launay; — sí, es el duque del Maine, que se pondrá de acuerdo con el duque de Orleans y le perdonará su falta.

Tan abiertos tenía yo los ojos, que apenas veía.

Para mí era incomprendible cuanto oía y presenciaba, y no sólo no sentía ganas de reír, pero también estaba contrariada; instintivamente conocía que no era aquel mi sitio, que en aquel asunto había algo tenebroso. La señorita de Launay me observaba y, temerosa de que en mí se levantasen sospechas, empezó á chancearse, y como era aguda y se servía de su ingenio á las mil maravillas, me complacía en escucharla, aunque no con toda atención, pues me había enfrascado en buscar la clave del enigma, con preferir no hallarla.

— Señorita— dije, — esa mujer no está borracha ni inspirada: representa la comedia.

— Todas las tales hacen lo mismo; es su oficio; si no fuese así, ¿á quién engañarían?

— ¿Cómo es tan crédula la señora del Maine? ¿por qué nos ha hecho venir?

— Ya se lo he dicho á V., quiere ganar su pleito; ella misma escribe de su puño y letra una memoria; busca pruebas; le han asegurado que esa mujer, en sus éxtasis, hablaba del duque, y aguijada por la curiosidad, ha deseado verla. Nada más. Al hacerla venir á V. aquí, la señora del Maine ha creído dar á V. un gusto; cuando conozca V. más á Su Alteza, ya no le causará eso extrañeza alguna.

Como esta explicación parecía muy natural, no reparé en aceptarla. La señorita de Launay desplegó luego todas las galas de su ingenio, y entregada en cuerpo y alma en escucharla, dejé de hacer caso de la Dupuis. La señora del Maine se llegó, poco después, á nosotras, me puso la mano en el hombro para impedirme que me levantara, y dijo:

— Olvida V. donde estamos y que no me conocen. Nos han engañado de medio á medio; nos han traído á un espectáculo bueno, á lo sumo, para idiotas. Y volviéndose á la de Launay, añadió: Cuando

vuelvan esos títeres, no los reciba V. No sé por qué, por el mero hecho de ocuparse el regente en magia, todo el mundo ha de hacer lo mismo. Vámonos. ¿quieren Vds.?

Mi amiga y yo seguimos á la duquesa, que parecía estar irritadísima; y, sin embargo, lo que luego recibió el nombre de conspiración de Cellamare acababa de decidirse. Uno de aquellos pelagatos de aspecto repulsivo y pringosos harapos que tan mal efecto me habían causado, era nada menos que el embajador.

Así fué cómo, sin darme cata, vime envuelta en aquel fregado, y cómo serví de excusa á una conspiración en la que no sospechaba.

De vuelta en Sceaux, cenamos, y al otro día me despertó temprano un correo de la señora de Parabere, portador de una carta que únicamente contenía estas palabras:

«Todavía no somos amigas, pero es V. buena, y me dirijo á V. con toda confianza. Póngase V. sin demora en camino y véngase derechamente á mi casa, pues necesito de V. Es asunto de vida ó muerte: no se haga V. aguardar. En cuantas me rodean no hay una mujer á quien pueda yo pedir lo que de V. espero. Si V. se niega á escucharme, estoy perdida.»

XXVI

Me apresuré á enterar de lo transcrito á la señorita de Launay, rogándole que me disculpase á los ojos de la duquesa del Maine y obtuviese de ella que me enviase á París. Temí descontentar á la duquesa, y por eso sorprendíome grandemente el saber que aque-

lla aprobaba mi decisión, y que no reclamaba de mí sino que fuese á verla antes de mi partida, para poner á mi disposición sus carrozas tan pronto me pluguiese. Al despedirme de la señora del Maine, sus últimas palabras fueron estas:

— Me halaga que sea V. fiel á sus amistades, y espero que cuando V. y yo seamos amigas, como deseo, conservará V. igual fidelidad.

Púseme sin demora en camino, y aquella tarde misma llegué á París y me hice conducir directamente á casa de la señora de Parabere, que al oír mi carroza mandó abrir las puertas y envió á mi encuentro una doncella de confianza, que bajó volando la escalera y me dijo:

— ¡Ah! señora, ¡cuánto va á alegrarse de ver á V. la señora marquesa!

— ¿Está en casa?

— Sí, señora, para V., sí. La pobre tiene gran necesidad de sus amigos.

Al oír estas palabras, me figuré que había ocurrido una desgracia, y, sin embargo, lo que del regente y de la marquesa me había cabido presenciar, en nada se parecía á la desesperación. Eché escalera arriba haciendo conjeturas, aunque ociosamente, pues me era imposible adivinar.

La señora de Parabere salió á mi encuentro, toda desmelenada, me abrazó llorando, sin curarse de los criados, que nos veían, y me llevó consigo á su dormitorio, donde nos sentamos juntas en un sofá; luego volvió á abrazarme y á llorar. Yo, que nunca he pecado de sensible, no sabía qué hacer, cuanto más que aquella amistad repentina aun no había llegado en mí á tal extremo.

— ¿Qué pasa, señora? — dije, — ¿y en qué puedo ser á V. útil? He acudido presurosa al llamamiento de usted...